

LOS CULPABLES

*Sabemos bien quiénes han sido, sabemos bien lo que pasó
Son siglos de siglos por pagar...
«El sueño», Voz Propia*

Lunes por la mañana, siempre frío, pesado de cansancio, apuro y tedio. Casas chatas y descoloridas como revistas expuestas al Sol. Bocinazos y llamadas: «Rivagüero, Grau, Arica». Aromas de Maca y Quinua: «Tía, un vaso y dos panes con torreja». Mientras rostros cobrizos toman resoplando el desayuno, en un kiosco grandes titulares anuncian: «Fujimori declara haber desconocido la red corruptora de su asesor», «Alan García dice: “En mi gobierno la gente hacía colas porque tenía plata para consumir”»; y en grandes fotos, un abrazo crema dejaba ver rostros eufóricos, celebrantes. El clásico del fútbol peruano lo había ganado el club Universitario de Deportes. Un

muchacho se acerca, pide rápido un periódico y sin recoger el vuelto se va. Metros más allá se encuentra con otro joven que lo está esperando, abre las páginas y busca.

-¿Y?, ¿qué dice?

-Ten, léelo tú mismo.

«(Lima) Tiroteo entre pandilleros de Alianza y Universitario tuvo un saldo trágico de dos muertos y cinco heridos. El hecho ocurrió horas antes del clásico del fútbol peruano en el cruce de la avenida Riva Agüero con Puente Nuevo en El Agustino.

Fallecieron Yermi Manuel Juica Tadeo (19) y Jorge Miguel Sebastiani Gonzáles (21). Entre los heridos trasladados al hospital Hipólito Unanue se encuentra el menor J.G.H. (17). Los otros cuatro aún no han sido identificados. Todos pertenecen a la barra El Agustino de la U. Los contusos por piedras y cortes fueron dados de alta inmediatamente.

El autor de los disparos habría sido un pandillero apodado el Cholo, líder de Expansión Grone de Alianza Lima. Estos habrían emboscado a los cremas cuando esperaban transporte para ir al estadio.

“Nosotros siempre nos reunimos acá y ellos bajan desde Puente Nuevo para hacernos la bronca”, reveló un hinch merengue que no quiso identificarse.

En el lugar quedaron los restos del enfrentamiento: piedras y vidrios rotos. Algunas viviendas y comercios fueron saqueados en la confusión. Según los vecinos, la zona es campo de batalla entre pandillas del Comando Sur (Alianza Lima) y la Trinchera Norte (Universitario). Las peleas suceden cualquier día y a cualquier hora.

Las autoridades están investigando para dar con los culpables».

-¡Falso! -gritó.

*

Su barrio, su gente, camisetas de Alianza: azul y blanco. Sus colores y la bandera de su grupo colgada en la malla que rodeaba la losa deportiva. Unas botellas con alcohol y el humo de la marihuana, los mixtos, la pasta. Risas y cánticos, saltos y abrazos fanáticos. En un bar de pesadilla, que arroja eructos y lisuras, se oye una chicha de Chacalón. De pronto, unas piedras que ruedan, miradas que buscan, segundos tensos, alboroto de rostros y más piedras que caen cerca de ellos. Unas camisetas crema se aproximan por la Riva Agüero. «Cagoneesss, cagoneesss hijos de puta» y más piedras que vuelan hacia él. «Oe, oe, los cabros. ¡Vamos carajo!». Y van. Siempre *pa'l* frente, siempre *pa'l* choque y los cremas que corren, así tan fácil, como siempre... ¿Así tan fácil? No, no; ¡párense!, es una camita¹. Pero era tarde, la gente estaba encaballada, con todos los motores puestos, nadie los podía parar. Los de la U salieron por una bocacalle del flanco izquierdo, la habían hecho linda, ellos mismos no lo hubieran hecho igual. Ahora estaban rodeados y tenían que parar su pleito.

*

-¿Ya leíste?

-Sí.

-¿Y ahora?

-Caballero nomás.

-Te han fregado esos cabros, barrio².

*

1 Argot: en los enfrentamientos entre pandillas hacer la camita consiste en que mientras el grueso del grupo pelea frontalmente, otro grupo bordea una calle aledaña para salir detrás, o de un costado, del grupo rival y desconcertarlo.

2 Entre amigos es común llamar *barrio* a un amigo porque son de la misma barriada.

Fregado siempre estuve, desde chibolo. Vivir en un corralón y ser hijo del que guardaba las carretas del mercado de Jesús María era como a una culpa. No tuve amigos allí, los pituquitos me largaban como a un extraño, «Saca la vuelta, serrano apestoso», me decían. Los miraba desde lejos cuando jugaban pelota en el parque San José y las ganas de jugar me hacían patear las piedras solo. Pero ni por eso me llamaban. ¿Qué me verían en la cara? No creo que fuera por eso, porque había uno que se llamaba Josué y tenía más cara de serrano³ que yo; pero no lo insultaban y le dejaban jugar con ellos. Sería tal vez que su viejo era ingeniero o tenía plata para invitar a todos; sí, a todos... menos a mí. Cierta vez, saliendo de un partido, los vi tristes y me sentí bien. Pero la alegría aumentó porque era Alianza quien había ganado a Universitario. No sabía que eran de la U. Yo no recordaba desde cuándo simpatizaba por Alianza, nadie me lo había enseñado. A mi viejo no le gustaba el fútbol y a mi vieja menos. Sería tal vez porque el microbús que me llevaba al Agustino pasaba por su estadio y veía a los hinchas con sus camisetas, cantando... No sé. Sólo recuerdo que ver con esas caras y ánimos a los que me largaban e insultaban, por causa de algo que yo consideraba mío, me hizo sentir más que ellos. Ya no era el serrano apestoso, era el que les había ganado. Supe, desde entonces, que su tristeza sería mi alegría. Así se repitió en cada clásico ganado. Un día, el día en que todo empezó, me compré en el mercado una camiseta blanquiazul. Ellos me vieron y me insultaron, como siempre habían hecho. No aguanté y le metí puñete a dos hasta hacerlos llorar. Su tristeza era mi alegría. Sus viejos fueron a quejarse. Oí que le gritaban a mi mamá, la insultaban igual que sus hijos a mí y ella, en vez de meter puñete como yo, se disculpaba como si hubiese tenido culpa. Por la noche, cuando llegó mi viejo, entre

³ Se refiere a los oriundos del ande peruano, es usado despectivamente por la gente de la costa de mayoría blanca, afroperuana y mestiza para referirse a todos los que tengan rasgos andinos.

los dos me pegaron fuerte con amenazas para que no volviera a defenderme. Todavía tengo las marcas de los correazos, por pura vergüenza no las muestro; en cambio, las cicatrices de los guerreos las llevo como una condecoración. Poco después, para evitarse problemas, me enviaron acá, al Agustino, a vivir con Marcelo, mi hermano.

*

-También que casi te chapán.

-«Casi», tú lo has dicho.

-Si lo hubieran hecho, tu nombre estaría entre el de los finados y no por bala. La libraste con las justas.

-La libré porque ustedes me sacaron.

*

Camisetas crema por todos lados, los pedruscos que vuelan, la respiración más agitada, piedras en ambas manos, la mirada aguda marcando el frente. «¡Párense carajo!». A su lado, sus causas, sus fieles, los que nunca abandonan, parándose como siempre y esquivando lo que les caía. «Comando Sur pa' ti, cabro correlón... sí, yo. Expansión Grone, cabro cobarde». No, los de la U no son cobardes, aunque su mote sea «gallinas», él lo sabe; al menos los que se paran bien en el guerro. Sí, él los conoce y ellos a él, y sabe que todo depende de la situación, de cómo hacerla, de ser astutos y por suerte hasta ahora lo habían sido. ¿Dónde estaría el chiste si peleaban contra cobardes, contra gente que no te aguanta?, ¿dónde? Pero esta vez la situación estaba en su contra y los cremas, envalentonados por su camita perfecta, se manifiestan decididos. Uno, que va adelante con un machete, acomete contra él. Lo reconoce, es el negro Maldad. ¿Un negro hincha de la U? Raro. Pero es, y se le viene encima con el machete en alto, cortando el viento y llevando el peso de la venganza por la otra vez que lo chapa-

ron: le vaciaron un ojo y le quitaron su bandera oficial, no una cualquiera sino la oficial de su grupo, la que colgaron cabeza abajo en el Comando⁴. Por eso, y a pesar de negarlo, el Agustino⁵ fue mal visto en su trinchera.

*

- ¿Ya sabes qué vas a hacer, barrio? Te han largado bien feo.
- Firme que no sé qué haré. Ahora, tal vez, me guarde un tiempo.
- Inventa algo, di que estuviste en el estadio.

*

El estadio. Siempre le pedí a mi hermano que me llevara, pero él estaba metido en otra vaina. Yo era demasiado chibolo para darme cuenta. Lo escuchaba discutir hasta la madrugada con unos hombres que iban a la casa. Marcelo siempre me decía que no dijera nada a los viejos, que si preguntaban tenía que responder que nadie iba. A mí no me importaba. Le respetaba, nunca dije nada. Conforme pasaba el tiempo iba dándome cuenta en qué estaba metido: defensa estratégica, organismo autogenerado, marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento guía, sello de oro, reglaje, cuotas de sangre, mil ojos y mil oídos, el Partido... Palabras que pronunciaban con el fervor de quien cree en ellas, como cuando gritas «¡Arriba Alianza!», y sientes que te pertenece a ti y a la persona a quien se lo dices. Así, a escondidas, los escuchaba hablar y planear; sus ojos brillaban convencidos, resueltos. Se trataban como compañeros. Al parecer Marcelo se dio cuenta, una tarde me preguntó si escuchaba lo que hablaban. Yo loagué. Me sentó en

4 Trinchera Norte es una barra de Universitario también conocida como Barra Norte. Comando Sur, también Barra Sur, es una barra de Alianza Lima. Cuando una de las barras roba una bandera a la otra se suele colgar cabeza abajo en su tribuna como una humillación.

5 Agustino es un grupo de la Trinchera Norte del distrito El Agustino.

la sala y fue la única vez que platicamos del tema. Me explicó sus ideas y lo que, según él, estaban haciendo: la Revolución. Habló horas y no entendí ni un carajo. «Cuando crezcas entenderás» dijo, y prometió que algún día me llevaría al estadio. Una noche mi viejo descubrió unas banderas y unos volantes, todos rojos como la sangre. La discusión me despertó. Mi viejo lo acusaba de terruco y asesino. Marcelo hablaba de los pobres, del abuso y de una palabra que siempre le oí mencionar en sus reuniones: la Burguesía. Por lo que me había explicado de ella, le agarré una bronca gratuita a la palabra. Y no sé por qué, cada vez que la escucho, recuerdo a esos dos a los que pegué en Jesús María.

*

—Habla con la gente, ellos te pueden dar una mano.

—No, causa⁶, si meto a la barra en esto la puedo fregar.

—Tienen que ayudarte, de hecho: lo harán. Tú eres jefe de grupo y Expansión es antiguo en el Comando; ¿a cuántos grupos que no pintan ni mierda los han ayudado?

—A la franca no sabría qué decirles ni qué pedirles.

*

Las piedras lo paralizan, le caen, le hacen daño. Caras tensas, palos y cuchillos, camisetas blanquiazules sudorosas. Su gente continúa allí, parando su pleito, pero los de la U están por dos lados, es la camita. Más piedras que caen, botellas rotas. Un molotov explota. Siente el calor del fuego, hay miedo, pero no se mueve, sus fieles tampoco, son buenas puntas, paradores, sólo ellos *adelantito*, los demás se amilanan y retroceden. «¡Ahora vas a parar, cagón conchetumare!», grita el negro

6 Es una forma de decir compañero. Viene de una expresión del hampa: «El que me encausa a robar».

Maldad. El Cholo, ágil, esquivo el machete que pasa cerca y de un pedrón hace retroceder al Maldad que se agarra adolorido el costado. Pero los cremas son más y su gente lo obliga a salir de allí. De su cabeza chorrea sangre, pero no le importa. Le jode tener que retroceder: «El Comando va pal frente siempre», recuerda, y quiere regresar. Hasta que ve a los del Agustín entrar en su barrio en manada y cerca de arrebatarse la bandera de su grupo, la oficial.

*

—Anda, no seas huevón, diles que nadie arrugó. El Comando te apoyará contra esos soplones.

*

Soplones. Marcelo me acusó de soplón, que le había soltado la lengua al viejo. Lloré y juré que era falso. No me creyó. Dijo que eso era lo más cobarde. Hasta un enemigo merece respeto. Pero un soplón no, merece desprecio. Entonces pensé en los de Jesús María. Me veían como un enemigo, aunque yo no. Me habían declarado la guerra y cuando respondí, perdieron. Los imaginé acusándome con sus padres. Pude comprenderles, eran cobardes. Me sentí bien otra vez porque yo no lo era, aunque Marcelo pensara lo contrario. El regresó a sus asuntos y no volvió a hablarme de sus ideas. No confiaba más en mí. Tampoco me llevó al estadio. Entonces las calles del Agustín me acogieron y encontré amigos. Con ellos nadie me llamaba «serranoapestoso» porque todos tenían mi cara, pero sentía que me faltaba algo, sentía como que estaba arrojado allí. Sólo cuando escuchaba ganar a Alianza sentía alegría. Hasta que fui al estadio. Estaba misio⁷, pero mis amigos decían que podía entrar gratis con una persona mayor. Le rogué a unos tíos y uno de

⁷ Sin dinero.

la barra me hizo entrar. Fue alucinante. Yo tendría doce años. Salté, canté sin saber las letras y sentí al bombo marcar como nunca los latidos de mi corazón. Era algo incomparable, como que se llenaba el vacío acá dentro. Ya no era Yo, era Nosotros. Volví a casa distinto, me sentía mayor. Meses después, el mismo día de un clásico que perdimos, chaparon a Abimael Guzmán. Marcelo se volvió hosco, retraído, como si hubiera perdido una hembra. Parecía esos pastrulos que viven en el río, todo zombi. Así pasaron unas semanas. Una noche salió con los compañeros y nunca más regresó. Después me dijeron que había muerto, que lo habían finado; aunque no sé bien qué pasó en realidad, creo haberlo visto rondando el barrio con ellos. Es más, mi causa Tito me contó que hace poco, por el lado de los rieles, los vecinos chaparon a un choro. Entonces aparecieron unos encapuchados y se pusieron a decir que iban a aniquilar a todos los rateros, fumones, paqueteros, pandilleros y violadores; a todos los lúmpenes, chusma, o algo así. Aunque hablaran con distinto floró todos sabían quiénes eran, no hablaban de la revolución y eso, sino de cómo deben comportarse los miembros del pueblo. Querían dar a entender que habían cambiado. La gente, por lo bajo, murmuraba que esos, antes, estaban contra la policía y ahora querían ser como la policía; que esos estaban contra la ley y ahora querían ser la ley; pero igualito no respetaban la vida de nadie porque mataron al choro que tenía puesto un polo del Agustinorte. Mi causa terminó diciéndome que la voz de uno de los encapuchados era la de mi hermano, que estaba segurísimo. Si era o no ya no tenía importancia para mí porque, desde que se había ido, yo frecuentaba gente palomilla y seguía yendo al estadio y era lo que más me interesaba. Era algo que no podía dejar de hacer, me sentía tan bien cuando Alianza ganaba... y más si era un clásico. Cuando ganábamos y la U perdía era doble el gusto. Me acordaba de los acusones de Jesús María que seguro estarían llorando. Su tristeza era mi alegría. Cuando empezaron las peleas entre barras, fundamos Expansión Grone.

*

–En todo caso la gente te apoyará.

–Gracias, barrio.

–El grupo ya ha hecho una chancha *pa'* los que salieron agraviados. Menos mal que los fríos eran gallinas. Pero nadie pensaba que te iban a encausar, así que hay que hablar con el Comando. Sabes que somos una familia.

–Más que eso, barrio, somos Alianza.

*

Jamás, la bandera no. Cualquier cosa, hasta la vida, pero perder la bandera, nunca. Por un segundo la imaginó humillada, de cabeza, en la Trinchera. Igual como pasó con el Agustínorte, serían la burla del Estadio, estarían en boca de todos, y no por sus guerreos, su trofeo o su pasión, sino por haber arrugado frente a los de Norte: una vergüenza. Ya no podría volver a la tribuna Sur e intentar colgar una nueva después de haber perdido la oficial, la guerrera, la viajera... No tendría cara. Por ella conocían a su grupo en todas partes. La habían colgado en los estadios de costa, sierra y selva. Era su vida, su identidad, su pasión. La bandera peruana no le producía tanto fervor, porque nunca la sintió tan suya como esta, que sí lo representaba ante el mundo. Pensó en su hermano que nunca había tenido nada, excepto su ideología. Así como él tenía su sentimiento. Entonces comprendió por qué Marcelo andaba como muerto cuando cayó su líder, su símbolo. No quiso eso para él, porque así como su hermano se reunía con sus compañeros para conspirar él lo hacía con los fundadores del grupo para planear el nombre y la forma de la tela. La pintaron con alegría y la bautizaron con sangre. Por eso había que defenderla hasta con la vida si fuera preciso.

*

Las piedras caían con más arrebato. Los de la U seguían entrando con fuerza y estaban cada vez más cerca de la bandera que, indiferente, seguía colgada en la malla. Su gente no se paraba, él conocía bien eso, no eran cobardes, sino que la confusión de una camita desconcertaba y no te sentías seguro en ninguna parte. Al parecer todo estaba perdido. Entonces vino a su espíritu el deseo urgente de sacar un arma y meter bala para evitarlo. En unos segundos decidió todo. Armado de coraje se lanzó con un grito iracundo. Su gente lo siguió envalentonada por su arrojo. El choque fue brutal, pero ya tenían la iniciativa. Después de un tira y afloja sacaron corridos a los del Agustínorte quienes, al no alcanzar su objetivo, comenzaron a apedrear las casas y los autos, a saquear, robar y golpear a cualquier persona que se cruzara frente a ellos. De pronto, «¡Pac, pac, pac!» sonaron los disparos. Gritos, mentadas de madre, gente corriendo: «¡Pac, pac, pac!». Caras de miedo. Más gritos y más gente corriendo: «¡Pac, pac, pac!». El Cholo fue arrastrado por el desbande hasta donde estaba su bandera, incólume y a salvo de manos extrañas. No pudo borrar de su retina el impacto de la balacera. Había visto bien. En la pista quedaron siete cuerpos ensangrentados.

*

—Yo sé que tú no fuiste, no tienes la culpa.

—¿Y quién me creería? Los cabros ya me echaron el pato *pa'* fregarme. ¿Tú crees que los tombos⁸ me van a creer? Como ya es noticia, buscarán un culpable *pa'* limpiarse.

—Ten fe, barrio, al menos no estás solo. Ahora vamos a La Victoria *pa'* hablar con el Comando.

—Ya, está bien, vamos... ¿oe, cómo estuvo el partido?, ni siquiera pude escucharlo...

—Empatamos.

—¿Empatamos? ¿Y cómo acá dice que nos metieron dos goles?

8 Policia.

-Por eso *pe'*... Cholo: Dos goles, dos muertos... ¡Empate!

-Ja, ¡qué chistoso!

*

Rumbo a La Victoria y entrada la mañana, la garúa humedecía las veredas; pero el Cholo no le daba importancia. Su cabeza pensaba sólo en la pelea y en lo que había visto. Así lo metieran preso, se juró no decir nada. Los disparos habían salido de un coche estacionado a un costado de la losa. Adentro habían estado los compañeros y Marcelo, su hermano.